



WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

TIERRAS ANCESTRALES

POR ADAM CHRISTOPHER



2
ECOS del PASADO



A mí no me importa quién seas —dijo el guardia—, no puedes entrar con *él*.

Jaina y Thrall se encontraban a las puertas de Stromgarde. Habían pasado años desde que visitó la fortaleza, y no recordaba que la entrada intimidase tanto.

Desde luego, nunca había sido tan desagradable.

Había seis guardias apostados la puerta —milicia de Stromgarde en lugar de soldados de la Séptima Legión— y, arriba, en las torres que había a ambos lados de la entrada, otros seis, armados con unas ballestas que les apuntaban directamente.

Jaina intentó mantener la calma, pero era complicado. La marcha hacia la ciudad había sido lenta, y ella era muy consciente de que el veneno de la flecha estaba absorbiéndole las fuerzas a Thrall constantemente. Incluso en ese momento, esperando ante las puertas, él se apoyaba en ella, con la cabeza inclinada hacia delante y la respiración entrecortada.

—¡Hemos venido a ver a lady Marran Aterratrols! —exclamó Jaina mientras dirigía la mirada hacia los guardias de las torres con la esperanza de que alguno de ellos tuviera más sentido común. —Me llamo Jaina Valiente, lady almirante del reino aliado de Kul Tiras. Él es Thrall, representante de los orcos en el consejo de la Horda, y

está gravemente herido. *Ambos* estamos aquí de parte de Danath Aterratorls en misión de paz y tenemos asuntos urgentes que tratar con vuestra regente. *¡Exijo que abráis las puertas!*

El guardia que tenía delante se limitó a negar con la cabeza.

—No creo que lo estéis entendiendo —dijo Jaina apretando los dientes. Su bastón comenzó a brillar mientras empezaba a canalizar el poder de lo Arcano—. Solo os pido permiso por cortesía...

Notó que la enorme mano de Thrall se posaba con delicadeza sobre su antebrazo.

—Puede que el mensaje de Danath aún no les haya llegado, Jaina.

Jaina tomó aliento para protestar, pero Thrall se apartó de su lado.

—Tenemos una tarea por delante, y soy un estorbo.

Hizo un gesto de cabeza dirigido al guardia.

—No cometáis un error. La lady almirante ha venido para reunirse con vuestra regente. Os sugiero que la dejéis entrar.

El guardia se mantuvo firme, pero hubo movimiento detrás de él y, cuando Jaina miró hacia arriba, vio que había un soldado menos en la muralla. Al poco, oyeron el sonido de unas cadenas pesadas en movimiento y un crujido de madera.

Jaina suspiró aliviada y relajó la mano que sujetaba el bastón. Parecía que había *alguien* dispuesto a escuchar. En cuanto las puertas comenzaron a moverse con lentitud, se volvió hacia Thrall con la intención de ayudarlo a entrar, pero él negó con la cabeza.

—Ve tú —dijo.

Jaina frunció el ceño.

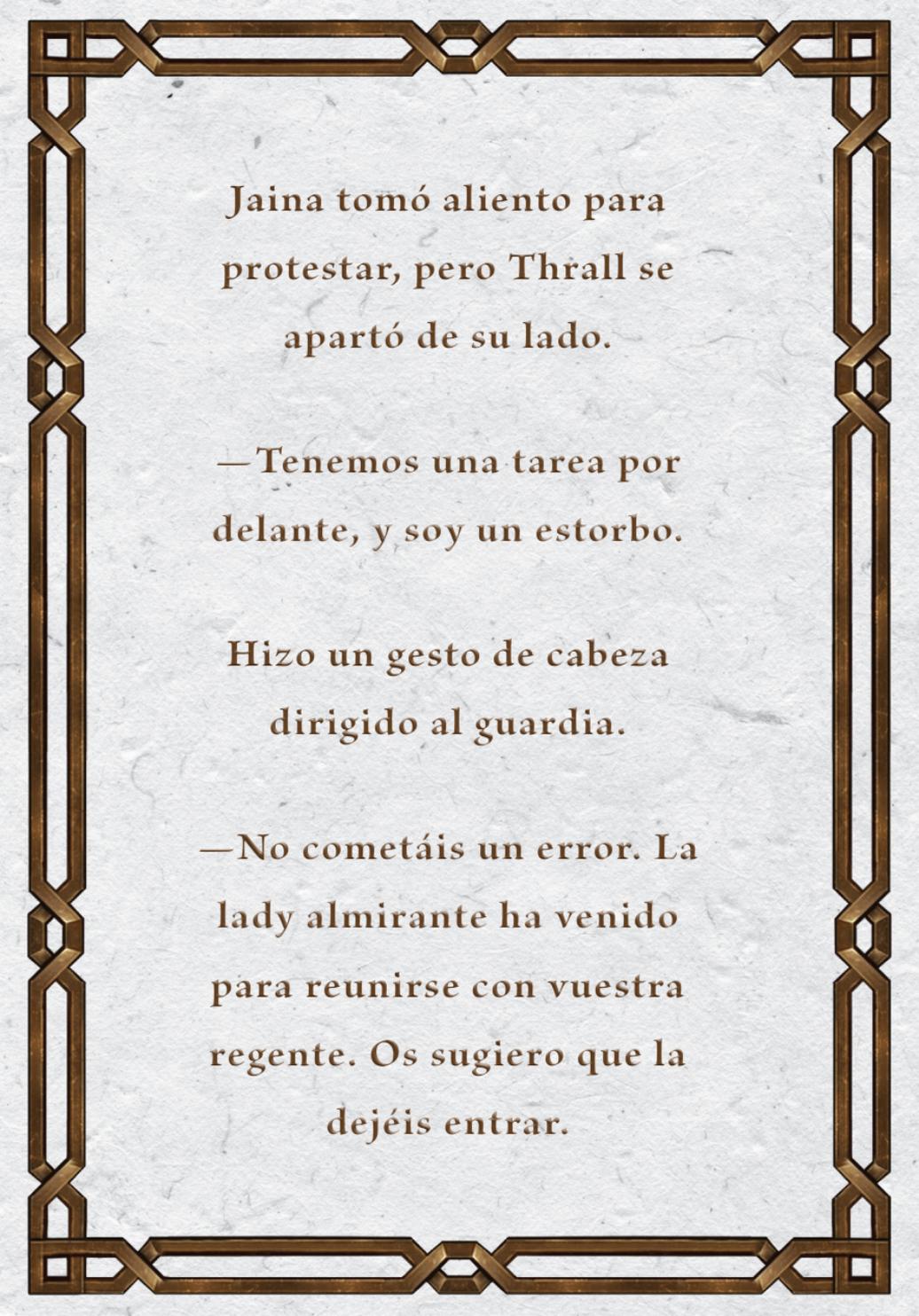
—Thrall, necesitas ayuda. No puedo dejarte solo.

—Soy *yo* quien te deja *sola* —repuso él—. Y conseguiré ayuda, pero no aquí. Me irá a Sentencia. Aggra ya debe haber hablado con Geya'rah. —Hizo un gesto de cabeza hacia las puertas abiertas—. Habla con lady Marran. Recuerda nuestra misión.

Jaina suspiró y se volvió cuando el guardia de arriba —que, claramente, superaba en rango y sentido común a su camarada— apareció ante ella.

—Sígueme —dijo el soldado.





Jaina tomó aliento para protestar, pero Thrall se apartó de su lado.

—Tenemos una tarea por delante, y soy un estorbo.

Hizo un gesto de cabeza dirigido al guardia.

—No cometáis un error. La lady almirante ha venido para reunirse con vuestra regente. Os sugiero que la dejéis entrar.

En cuanto atravesó las puertas de Stromgarde, Jaina notó los ojos de la ciudad entera clavados sobre ella.

Había mucho ajeteo, y las fuerzas auxiliares de la Séptima Legión no eran las únicas presentes. El grueso del ejército propiamente dicho, formado por soldados de uniforme, ocupaba las calles, más numeroso aún que los ciudadanos corrientes. A pesar del bullicio, parecía que el movimiento normal de la ciudad se había detenido. Las tiendas, posadas y casas no estaban cerradas, sino tapiadas, como si Stromgarde se estuviera preparando para capear una gran tormenta. Los pocos ciudadanos que había en las calles se paraban a mirar al paso de Jaina y su escolta.

Parecían asustados. Era una respuesta lógica a una batalla que quizá podía estar teniendo lugar fuera de las murallas de la ciudad, pero, aun así, Jaina sintió que algo no iba bien. La gente se apartaba a su paso y se llevaba a rastras a los niños, cerrando puertas y ventanas como si fuera *ella* el enemigo.

Temed a la hija del mar.

El triste recuerdo surgió espontáneamente en sus pensamientos. Se lo sacó de la cabeza tan rápido como había aparecido, pero eso no mejoró sus ánimos.

No tardaron en llegar al fuerte, cuyas puertas se abrieron en cuanto se acercaron. Salieron dos legionarios corpulentos seguidos por una mujer menuda, ataviada con una armadura muy elegante, que parecía ceremonial más que otra cosa. Rondaba los cuarenta años, edad suficiente para conocer los muchos peligros a los que se había enfrentado Stromgarde durante un período similar a toda la vida de Jaina. Vio la pesadez de esas cargas en su mirada penetrante y en sus labios apretados.

—Lady almirante —dijo Marran Aterratrols mientras se acercaba con los brazos entrelazados a la espalda—. Alabado sea Thoradin. En esta tierra andamos escasos de aliados, y tu consejo es bienvenido.

Jaina frunció el ceño mientras evaluaba a la mujer.

—Sí, mi señora —dijo—. He venido desde lejos para hablar contigo. Danath dijo que...

—No podemos ofrecerte mucha hospitalidad en este momento —la interrumpió Marran—, pero cualquier hija de Arathor es bienvenida tras nuestras puertas. Ven, por favor, sígueme.

Dicho esto, la regente se dio la vuelta y atravesó las puertas que llevaban al fuerte. Jaina apretó el bastón con fuerza y fue tras ella.



—Me complace mucho de que hayas venido —dijo Marran mientras guiaba a Jaina a través de los amplios salones del fuerte—. A decir verdad, he encomendado a los miembros de mi séquito que busquen una solución a este lío.

Jaina exhaló un suspiro de alivio. Puede que aún pudieran encauzar la situación.

—Me alegro. ¿Vamos a reunirnos con tu consejo o primero lo haremos en privado?

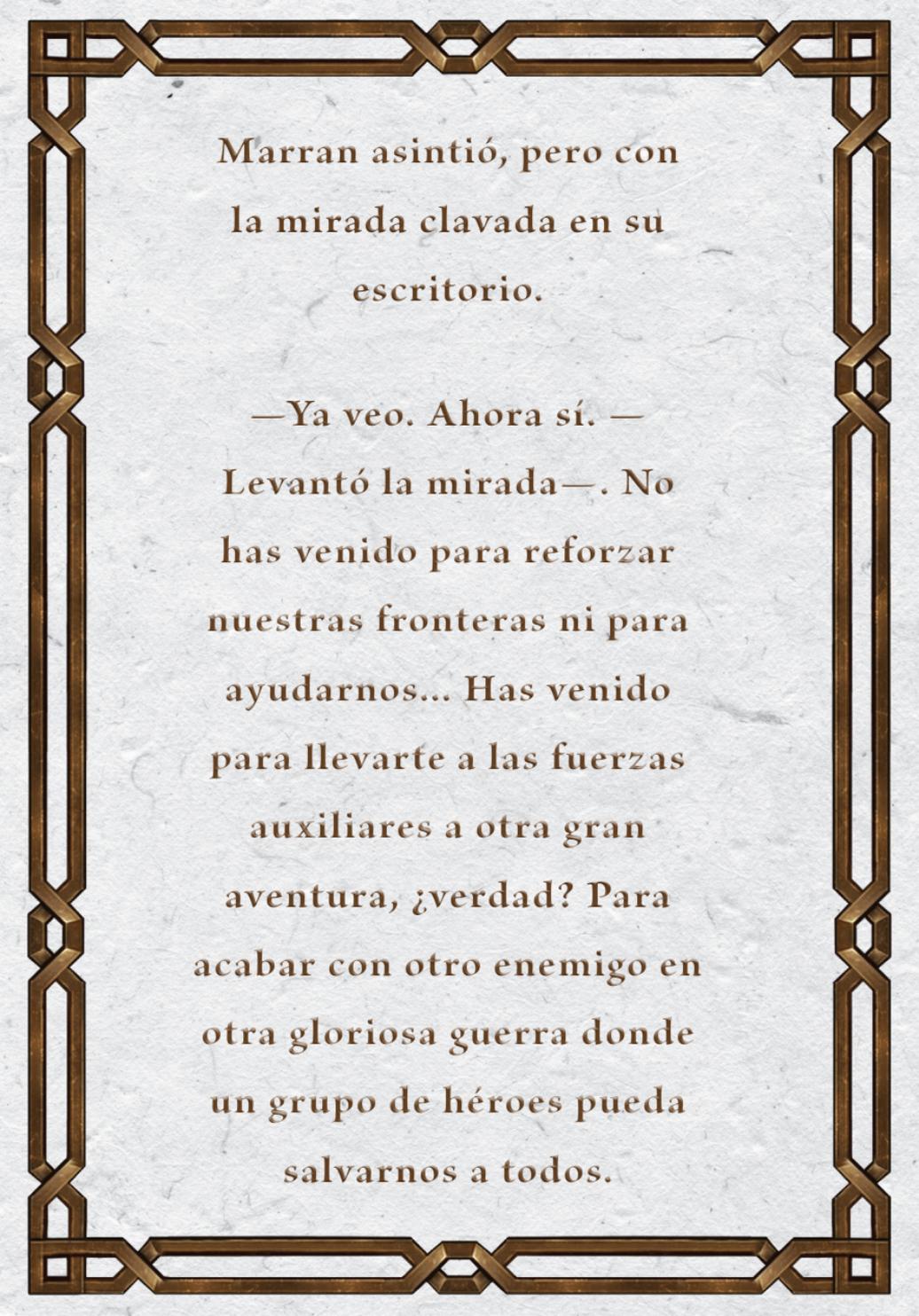
—Hablemos primero antes de convocar al resto —dijo Marran despidiendo a los guardias con un gesto mientras abrían la puerta a su estudio.

—Te agradezco tu tiempo en este asunto —dijo Jaina mientras tomaba asiento en una elegante silla de terciopelo por invitación de Marran—. En primer lugar, lo más urgente: he venido con un emisario de la Horda, pero resultó herido en el fuego cruzado de una escaramuza entre la Séptima Legión y los Kor'kron. Tus guardias no le permitieron el paso, así que partió hacia Sentencia. Sugiero empezar por ahí: le llamaremos para que vuelva, negociaremos un acuerdo de paz y él se lo llevará a los Mag'har. —Hizo una pausa—. Pero tenemos poco tiempo. Hay mucho que debatir. Dalaran...

—¿Dalaran? —la interrumpió Marran.

Hizo un gesto acercando la oreja, como si no lo hubiera oído bien. Acto seguido, la regente rodeó a Jaina y se sentó en una silla mucho más austera y de respaldo alto, al otro lado de su escritorio, antes de apoyar los codos sobre un montón de pergaminos.

—Sé que has estado en muchas guerras, lady almirante. Y que has gobernado Kul Tiras mucho tiempo. —Hojeó las páginas que había en su escritorio hasta encontrar la que buscaba—. ¿Pero sabes cuántas fanegas de grano le hacen falta a tu reino para pasar el invierno? —Cogió otro pergamino—. ¿Cuántos caballos aran los campos del Valle Canto Tormenta? —Otro trozo de papel—. ¿Y lo que cuesta cada quintal de mineral de hierro? —Negó con la cabeza—. —Durante años, Stromgarde ha perdido demasiadas batallas y se ha preocupado demasiado poco por sus habitantes.



Marran asintió, pero con
la mirada clavada en su
escritorio.

—Ya veo. Ahora sí. —
Levantó la mirada—. No
has venido para reforzar
nuestras fronteras ni para
ayudarnos... Has venido
para llevarte a las fuerzas
auxiliares a otra gran
aventura, ¿verdad? Para
acabar con otro enemigo en
otra gloriosa guerra donde
un grupo de héroes pueda
salvarnos a todos.

Jaina se sintió atacada, y se dio cuenta de que la estaba perdiendo.

—Por supuesto —dijo—. Pero se acerca otra contienda, una contienda amenaza mucho más que a nuestros pequeños reinos. Es una lucha en la que los orcos y los humanos deben unirse. Si luchamos entre nosotros, mermaremos nuestras mutuas fuerzas, y ahora las necesitamos. Permite que la Séptima Legión y los Kor'kron luchen codo con codo —dijo—. Y, quizá, al hacerlo, pueda alcanzarse un entendimiento entre tu gente y los Mag'har, y, con él, la paz.

—¿La paz? —preguntó Marran en voz baja—. ¿La paz mientras los míos lloran a sus seres queridos, caídos hoy mismo por culpa de una violencia sin sentido?

Jaina se dio cuenta de que la mujer estaba temblando, iracunda, pero no podía vacilar. Apretó el bastón con fuerza e inclinó la cabeza en gesto afirmativo.

Marran asintió, pero con la mirada clavada en su escritorio.

—Ya veo. Ahora sí. —Levantó la mirada—. No has venido para reforzar nuestras fronteras ni para ayudarnos... Has venido para llevarte a las fuerzas auxiliares a otra gran aventura, ¿verdad? Para acabar con otro enemigo en otra gloriosa guerra donde un grupo de héroes pueda salvarnos a todos.

La expresión de Marran se endureció. Jaina sintió que se le alborotaba el corazón al ver que el rostro de la regente se sonrojaba. Sus palabras salieron como un silbido entre sus dientes apretados:

—Si las fuerzas auxiliares se marchan —dijo Marran—, los orcos aprovecharán la oportunidad. Pasarán Stromgarde por la espada y podrán tomar las Tierras Altas sin resistencia.

Jaina negó con la cabeza.

—¿Cómo iban a...?

Marran soltó una carcajada.

—No debería sorprenderme que hayas venido aquí para pedirme eso. Es lo que siempre hace la Alianza, pedir que nos sacrifiquemos por un bien común. Pues permíteme que te diga que nos han *desagrado* mientras la Alianza iba en busca de una nueva batalla. Yo estoy aquí para servir a Stromgarde. Esta es mi gente. Sus vidas son importantes, y pienso protegerlas.

—Marran, por favor...

—Soy la señora regente y te dirigirás a mí como tal. Como aliada de este reino que eres, se te ofrecerá un alojamiento adecuado, pero creo que lo mejor será que te marches al amanecer.



Aquella tarde, Jaina observó desde la ventana de su habitación cómo el mensajero montaba en un caballo y, picando espuelas, salía a toda velocidad hacia la puerta principal de Stromgarde llevando consigo un mensaje para Ventormenta.

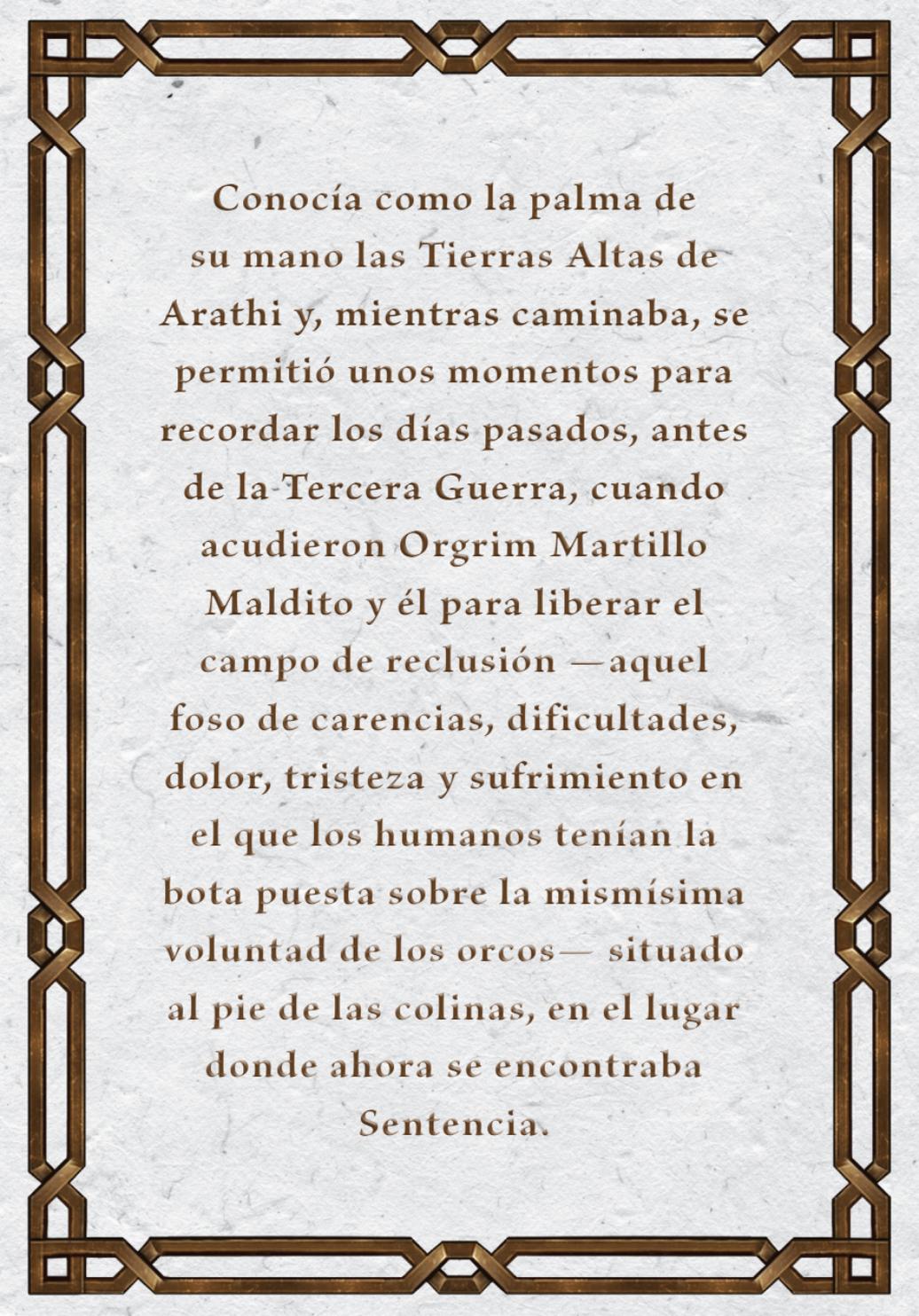
Esperaba haber tomado la decisión correcta: se había sentido obligada a escribirle a Danath, explicándole sus preocupaciones sobre Marran y pidiéndole que se apresurara a regresar. Pero era consciente de que pedirle a Danath que volviera podía echar más leña al fuego en una situación ya volátil.

Tras su discusión con la regente, le habían pedido abruptamente que se retirase y luego la escoltaron a las dependencias de invitados. Que quizá fuese lo mejor. El día había sido largo, así que no le parecía mal dejar que Marran recuperase la compostura para que pudieran mantener una conversación más razonable después. Mientras tanto, decidió pasear por la ciudad para valorar ella misma la situación.

En cuanto salió a las calles, notó la tensión que flotaba en el aire. Los ciudadanos y la Séptima Legión mantenían la distancia mientras le dirigían miradas cautelosas e incluso abiertamente hostiles. Jaina los ignoró. Al menos, el hecho de estar sola le daba espacio para pensar.

A pesar de sus preocupaciones, e incluso si Marran estaba equivocada, *podía* entender en qué posición se encontraba. Stromgarde siempre estuvo a merced de las fuerzas hostiles que la rodeaban y había sido un importante frente de batalla en la Cuarta Guerra. Jaina era perfectamente consciente de lo que implicaba heredar un reino en apuros, lidiar con enemigos al acecho en cada rincón y descubrir que el aliado más importante de tu familia te había traicionado. Marran solo hacía lo que creía mejor para su pueblo, pero necesitaba consejo y dirección desesperadamente. Jaina puso sus esperanzas en su tío, pero temía que el regreso de Danath a Stromgarde provocase una lucha de poder más que relajar las tensiones.

Al final, optó por ser prudente y escribir la carta. Jaina se dio cuenta del poco



Conocía como la palma de su mano las Tierras Altas de Arathi y, mientras caminaba, se permitió unos momentos para recordar los días pasados, antes de la Tercera Guerra, cuando acudieron Orgrim Martillo Maldito y él para liberar el campo de reclusión —aquel foso de carencias, dificultades, dolor, tristeza y sufrimiento en el que los humanos tenían la bota puesta sobre la mismísima voluntad de los orcos— situado al pie de las colinas, en el lugar donde ahora se encontraba

Sentencia.

tiempo que tenía mientras cruzaba la ciudad. Era posible que Danath acudiese, sí, pero quizá lo hiciera demasiado tarde. La que estaba allí era ella.

Le tocaba a ella encontrar el modo de avanzar.



«Uno, dos. Uno, dos».

Thrall contaba sus pasos sin concentrarse en nada más mientras avanzaba lentamente por las Tierras Altas de Arathi.

«Uno, dos. Uno, dos».

Pero iba cada vez más despacio. Lo sabía. También sabía que Sentencia estaba lejos y que el veneno estaba surtiendo efecto, pues le absorbía las fuerzas cada vez que respiraba. Ya no era capaz de sentir el brazo izquierdo. Podía notar la gélida propagación del veneno desde la herida y el dolor que latía al compás de su corazón.

Al menos, pensó con una mueca débil, sabía adónde se dirigía. Era capaz de llegar a Sentencia con los ojos cerrados. Conocía como la palma de su mano las Tierras Altas de Arathi y, mientras caminaba, se permitió unos momentos para recordar los días pasados, antes de la Tercera Guerra, cuando acudieron Orgrim Martillo Maldito y él para liberar el campo de reclusión —aquel foso de carencias, dificultades, dolor, tristeza y sufrimiento en el que los humanos tenían la bota puesta sobre la mismísima voluntad de los orcos— situado al pie de las colinas, en el lugar donde ahora se encontraba Sentencia.

Sí, Thrall conocía el camino.

«Uno, dos. Uno... dos.

Uno».

Cerró los ojos y escuchó las furiosas palpitaciones en su propia sangre. Se obligó a seguir caminando mientras el mundo oscuro que había bajo sus párpados comenzaba a dar vueltas.

Y, de repente, notó una presión en su hombro, como una mano fuerte y amistosa que lo guiaba y dirigía. Sus camaradas, sus guerreros, alentándolo a seguir adelante.
«Llega al campamento. Libera a tu pueblo».

«Sí, Orgrim. Sí, ¡de inmediato!».

Abrió los ojos y vio algo más adelante. No era fruto de su imaginación, no estaba solo. ¿Estaba Orgrim allí delante, a punto de coronar el siguiente montículo? Y allí, junto a Thrall, sus hombres de armas, preparados para marchar junto a él.

Solo tenía que dar un paso más. Y después otro, y otro.

«Uno, dos.

Uno».

Thrall cayó. ¿Ya era de noche? ¿Era normal aquella oscuridad? Parpadeó y se frotó la cara con la mano que aún podía mover, pero tenía la vista oscurecida y aparecían destellos sombríos por todo su campo de visión.

Había figuras moviéndose a su alrededor... ¿Orcos? No. ¡Humanos! ¡Iban a matarlo!

Thrall intentó levantarse, pero no tenía fuerzas. Levantó la mano derecha con el puño cerrado alrededor del mango de un hacha que no estaba ahí. Gritó una advertencia a Orgrim para que supiera que habían caído en una emboscada, pero no fue capaz de oír su propia voz.

Mientras su visión se oscurecía, los humanos convergieron a su alrededor y lo rodearon. Thrall gritó llamando a su amigo, por la Horda. Intentó levantarse de nuevo, pero el mundo a su alrededor era un océano frío y sin fondo en cuyas profundidades sintió que se hundía más, más y más.

SOBRE EL AUTOR

Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del New York Times como Star Wars: Shadow of the Sith y Stranger Things: Darkness on the Edge of Town. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS Elementary y para la galardonada franquicia de videojuegos Dishonored. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics The Shield, ha trabajado como guionista para la serie Lazarus de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de Doctor Who de Big Finish. Adam ha contribuido a la antología del aniversario Star Wars: From a Certain Point of View, que es un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha escrito para el cómic Star Wars Adventures de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus obras originales se cuentan Made to Kill y The Burning Dark, por citar algunas. Su primera novela, Empire State, fue nombrada Libro del año por SciFi Now y el Financial Times.